

**SOBRE HORIZONTE DEL LIBERALISMO (1930), O MARÍA
ZAMBRANO EN CLAROSCURO***
por José Calvo González **

Permítanme comenzar con una metáfora. María Zambrano probó, si así puedo decirlo, "la magdalena de Proust". Toda su obra sucede como una morosa memoración, como en la "*magdalena proustiana*". De muy niño, Ortega y Gasset también la había degustado. Existe una fotografía de don José Ortega Munilla, tomada hacia 1894, en una de huertas de El Palo, donde le acompañan sus tres hijos¹. El niño José que corrió por los campos de ese barrio y que igualmente contemplaría el mar, escribió años más tarde: "Hay un lugar que el Mediterráneo halaga, donde la tierra pierde su valor elemental, donde el agua desciende al menester de esclava y convierte su líquida amplitud en un espejo reverberante, que refleja lo único que allí es real: la luz". Ortega recordaba Málaga como *luz*. La radiante atmósfera de la Málaga veleña, su fulgor, como una iluminación en el sentido benjaminiano, fue la *magdalena* de Zambrano: la magdalena de la *lucidez en el rumor de la vida*.

Con el tiempo, otra luminiscencia prendió los nombres de Ortega y Zambrano: la inteligencia luminosa, alumbrante, deslumbradora incluso. No obstante, hoy quiero referirme a un episodio que sin llegar a apagar la iluminante pasión del pensamiento de Zambrano hacia Ortega oscureció la ardiente llama entre ambos. Es un capítulo de la biografía

* Texto preparado para la intervención en la Mesa redonda que sobre "La superación del liberalismo y la política de la persona" tuvo lugar el día 25 de noviembre de 2004 en la Facultad de Derecho de la Universidad de Málaga, dentro del programa de actos *Homenaje de la Ciudad de Málaga a María Zambrano*, organizado por el Excmo. Ayuntamiento de Málaga. Universidad de Málaga y Fundación María Zambrano. Participaron en ella, asimismo, los Profesores José Rubio Cariacedo (*Persona y Democracia*) y Juan F. Ortega Muñoz (*Idea y pasión de España en María Zambrano*). Recibido en la RTFD el 16-12-04. Publicado el 11-2-05.

** Profesor Titular de Teoría del Derecho y Filosofía del Derecho de la Universidad de Málaga (España) jcalvo@uma.es

¹ Se encuentra entre las ilustraciones contenidas en el libro de Ruth Schmidt, *Ortega Munilla y sus novelas*, trad. de J. Valera Ortega, Eds. RdO, Madrid, 1973.

intelectual de María directamente vinculado al asunto que esta tarde nos convoca: la idea de *la superación del liberalismo y su tránsito a la política de la persona*. Mi propósito será ofrecer algunas reflexiones dirigidas, espero, a esclarecerlo.

Cuando en 1930 Zambrano publicó *Horizonte del liberalismo* (Eds. Morata, Madrid, 139 pp. Col. "Nueva Generación") la consumía el fuego político alimentado en los años de combate universitario frente a la crepuscular Dictadura de Primo de Rivera y la atardecida, ya en su inevitable ocaso y entrada a la noche, del gobierno presidido por el General Berenguer. Hija de Blas Zambrano, maestro republicano francmasón ligado al movimiento cultural y pedagógico del grupo *Escuela Nueva*, había tenido ocasión de conocer al Machado de las "gotas de sangre jacobina". A su llegada a la Universidad de Madrid se convierte en una activa beligerante contra la Monarquía. Sus relaciones con la Federación Universitaria Escolar (FUE) y la Liga de Educación Social (LES) son bien conocidas.

Pero hay que remontar algunos años en el calendario. En 1917, la República había sido casi tangible; se quedó a la punta de las yemas de los dedos. Figuras como Ortega y Unamuno, Melquíades Álvarez o Azaña, aún distintas y también en grado distantes, alentarían desde entonces por acortar esa mínima distancia que, apenas infinitesimal, todavía faltaba por cubrir.

El instrumento fue el reformismo político. Una última oportunidad al regeneracionismo político que no actuara de arriba a abajo, como el conservador de Maura, o en parte corregido de verticalidad, es decir de cierta inclinación, como el liberal de Canalejas. Don Antonio y Don José, turno proclive o adverso de "conservadores y liberales" en el verso

machadinano, pertenecían políticamente al panteón de la Restauración, y en él a muy poco habrían de quedar físicamente sepultados. La muerte de Pablo Iglesias también se añadiría a ese obituario político que, a mi modo de ver, cierra definitivamente el ciclo y sistema político de la Restauración canovista. Con el cadáver de Iglesias igualmente se enfrió una parte del socialismo español; la otra prendería, por conjunción revolucionaria, en el incendio radicalista del enardecido Lerroux.

Esas ausencias resituían el nuevo escenario del "problema nacional". El papel protagonista lo asumirá la esperanza en la regeneración horizontal de la sociedad apoyada sobre una mesocracia dirigida por intelectuales.

Es así como Ortega pudo patrocinar por primera vez en 1913² lo que se aproximaba una especie de "partido liberal socialista", todavía de muy indeterminada identidad. Ortega postulaba la oportunidad de auspiciar y favorecer un liberalismo de amplio contenido social, una renovación del liberalismo por contacto con el socialismo, que no comportaba sin embargo la necesidad de romper con la forma institucional del Estado, el régimen monárquico, pues aunque no excluía la posibilidad del republicanismo, tampoco la exigía. Y es así, en efecto, como Ortega defenderá a su vuelta de Alemania (1914) llegada la hora de la intervención política de los intelectuales en una acción política de contaminación socialista del liberalismo e igualmente, y al propio tiempo, de contagio liberal del socialismo para crear en él defensas inmunológicas capaces de hacerle superar el dogma de la lucha de clases, la ortodoxia marxista, el programa nacionalizador y el internacionalismo. Este es el momento, años 1913-14, en que se hace

² Luciano Pelicani. "El liberalismo socialista de Ortega y Gasset", en *Leviatán*, 12 (verano 1983), pp. 55-66, y E. Imán Fox, "Sobre el liberalismo socialista (cartas

visible la diferencia entre “Vieja y nueva política” (Discurso en el Teatro de la comedia. Madrid, 23 de marzo de 1914)³; el tiempo histórico en el que presentada su propuesta en la fórmula de la Liga de Educación Política, realmente Ortega en absoluto está planteando un debate de refundación socialista, ni siquiera la pretensión de que éste se produzca en el interior del socialismo. La intención de esa praxis le es completamente ajena; su propósito busca sólo proyectar la construcción de la intelectualidad como minoría socialmente declasada, cuyo objetivo político propio e identificador por excelencia sea la puesta en marcha de un programa democratizador de la Monarquía⁴.

Ese proyecto, interpretado como la vía española del liberalismo, que es también por entonces el de Azaña, se enunciaba en su rasgo más distintivo como la versión de un nuevo liberalismo que acogía la intervención del Estado. Y ciertamente encontró importantes afinidades en el Partido reformista de Melquíades Álvarez y a él finalmente se incorporó y con él por último se fundió. El resultado fue que la Monarquía se sostuvo. Y así la llegada de un nuevo tiempo se demoró. El socialismo por su parte tampoco fue, ni hubiera podido ser, una alternativa real de nueva situación. Ni era posible que actuara con suficiente capacidad transformadora, dada la desaceleración que el capitalismo español presentaba respecto de otros países de Europa ni, además, desarrolló bastante la tradición republicana del federalismo histórico. Siguió apostando por una línea básicamente obrerista y sindical de mínima convergencia con los intelectuales, Luis Araquistain, y Fernando de los Ríos (en parte también Ramiro de Maeztu) fueron las excepciones, y donde entre nosotros se hizo eco al llamado “socialismo jurídico” nunca obtuvo parecida resonancia a la alcanzada en Alemania, Francia o Italia, y por lo general acabó reabsorbido en el reformismo

inéditas de Maeztu a Ortega, 1908-1915), en *Ideología y política en la letras de fin de siglo (1898)*, Espasa Calpe, Madrid, 1988, pp. 331-360.

3 José Ortega y Gasset, *O. C.*, I, pp. 267-300.

social. Con este panorama el Socialismo prácticamente consumió todo su fuego en las llamaradas de la huelga revolucionaria del 17 y, en lo demás, continuó desgastándose internamente en el debate de adhesión a la Internacional Comunista.

La debilidad de unos (los socialistas) y el colaboracionismo de otros (los reformistas), favoreció a la postre el golpe de Estado de 1923 contra la Constitución de 1876. La ocasión a una nueva política quedaba destrozada y en ese mismo año, cuando Ortega funda la *Revista de Occidente*, él mismo como principal mentor de la intelectualidad española toma una decisión que hoy resulta estremecedora: comenzar desde entonces a "vivir de espaldas a la política".

Al largo túnel de la Dictadura no se le vislumbrará una boca de luz, una salida, hasta 1929. Y es en esa misma luz, una luz de despunte virtualmente republicano (recordemos el Manifiesto de los jóvenes intelectuales de ese año), cuando María Zambrano intuye una ocasión nueva y propicia en lo que llamará *horizonte del liberalismo*. La obra va a explicitar sin duda una propensión política de horizonte liberal en todo ajena a la razón económica instrumental común al liberalismo europeo de la época, como también a la economía planificada del leninismo y de las corporaciones del fascismo. Conviene señalar que en esta última línea, la utopía social corporativa, había ido a desembocar en la España del final de la Dictadura gran parte del endeble socialismo jurídico (y del

⁴ Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2004, p. 190.

potente socialismo sindical, representado por UGT⁵), no menos que un notable sector del mismo reformismo democrático y social⁶.

De lo que ahora se trata es de reinventar el liberalismo, presentándolo a modo de una cuarta vía de sistema político superadora por igual tanto del liberalismo caduco, ya sin horizonte, como de las tentaciones totalitarias, procedieran de la experiencia comunista o del experimento fascista, y en fin conducente a una vía terciaria de acción revolucionaria que no siguiera ni el camino de la francesa ni de la rusa, sino que recorriera uno inaugural, el de la revolución de la igualdad económica y la libertad de cultura.

Tal proyecto, por supuesto, mostraba en gran medida empatía con la inquietud social republicana defendida por el programa del Partido Socialista. Ciertamente, Zambrano, que no disimula en los años 30 y 31 su simpatía por la Coalición Republicana, incluso está a punto de ser diputada del PSOE. Pero su cercanía al socialismo no lo es con la praxis política partidista. La conexión asienta en un sustrato más profundo, identificable con el afán republicano que el socialismo español a comienzos de esa década expresaba como compromiso cívico aglutinante. Zambrano deducía del socialismo principalmente lo que en él, para la nueva situación posible, había de socialmente más valioso, y su valor popular principal era sin duda el deseo democrático de una República ya casi en vísperas.

⁵ Vid. Francisco Largo Caballero, *Presente y futuro de la Unión General de Trabajadores de España*, Javier Morata Editor, Madrid, 1925. Vid. también Joaquín Maurín, *Los hombres de la Dictadura* (1930), Pról. de Luis Portela, Edit. Anagrama, Barcelona, 1977, José Andrés Gallego, *El socialismo durante la Dictadura (1923-1930)*, Edit. Tebas, Madrid, 1977 y Amaro del Rosal, *Historia de la UGT de España 1901-1939*, Eds. Grijalbo, Barcelona, 1977.

⁶ Vid. José Luis Monereo Pérez & José Calvo González "Ricardo Oyuelos Pérez: del reformismo democrático y social a la utopía social corporativa", en *Civitas. Revista Española de Derecho del Trabajo*, núm 121 (enero/marzo 2004), pp. 5-26.

El libro *Horizonte del liberalismo* es reseñado en *El Socialista* de 2 de noviembre de 1930, por el machadiano Pablo de Andrés Cobos, discípulo del padre de la autora⁷. Las conclusiones valorativas del crítico son muy positivas, y en especial sobre todo al constatar la involucración política de una joven filósofa, que así pues confronta y aventaja la posición de su maestro.

Esta reseña provoca la segunda de una serie de tres cartas que de 1930 a 1932 Zambrano remite a Ortega y Gasset y cuyos contenidos determinan el fundamental desenvolvimiento de las relaciones entre ambos para el porvenir, y además dan estado y explican el episodio del Manifiesto dado a conocer el 7 de marzo de 1932⁸ como "Un Movimiento Político de Juventud. Frente Español". Pero conviene detenerse en cada una de ellas (Vid. *Addenda*).

La primera, fechada a 11 de febrero de 1930, puede leerse como balance y resumen de las tesis sostenidas en *Horizonte del liberalismo* en todo lo tocante al sentido de la política, la relación entre política conservadora y revolucionaria, y tarea de la verdadera revolución a desarrollar. Con todo Zambrano no pretende la mera comunicación de resultados, y todos los analistas de esta correspondencia⁹ coinciden en señalar la influencia ejercida por Zambrano sobre su maestro, que

⁷ Vid. Blas J. Zambrano, "Un juicio", en *La Escuela Moderna*, 4, abril 1928, pp. 262-270. reseña a Pablo de Andrés Cobos, *Un viaje por las Escuelas de España*, Imp. Provincial, Segovia, 1927, y "Un pequeño gran libro", en *La Escuela Moderna*, 3, marzo 1929, reseña a P. de Andrés Cobos, *El Maestro, la Escuela y la Aldea (Cartas a Luis)* [s.a., s.l.]. Estos y otros textos se hallan reunidos en Blas J. Zambrano, *Artículos, relatos y otros escritos*, introd., ed. y notas de José Luis Mora, Diputación de Badajoz, 1998.

⁸ Vid. diario *Luz*, 7 de marzo de 1932.

⁹ Vid., además de los comentarios de Magdalena Mora en *RdO*, núm. 120, mayo de 1991, los análisis de Laureano Robles Carcedo, "A propósito de las tres cartas de María Zambrano a Ortega", en *Philosophica Malacitana*, vol. IV (Número monográfico dedicado a María Zambrano, Juan F. Ortega Muñoz (ed.)), 1991, pp. 231-248, y en especial de Jesús Moreno Sanz, Estudio introductorio ("La política desde su envés histórico-vital: historia trágica de la esperanza y sus utopías") a la edición de

acaba de publicar en *El Sol* (ed. de 30 de enero de 1930) "La organización de la decencia nacional"¹⁰, al objeto de atraerlo, superando el decidido ensimismamiento de 1923, a aceptar la impurificación del mundo, a profundizar su tangencia con la historia e inscribirlo de lleno en ella; es decir, del todo en la inmediatez de la actualidad que será el pronto advenimiento de la República. "La primera exigencia ineludible -escribirá Zambrano- en la designación y nacionalización española: el advenimiento del régimen republicano". La contundencia del reto es absoluta. Y al indiscutible acierto de su diagnóstico -"no se puede ser conservador en esta triste España sin ser antes revolucionario, sin derrumbar lo que está podrido y envenena el ambiente con su cadáver"- no basta por tanto sólo con aplicar, como sostuvo el maestro, el remedio de la "dignidad" o el "decoro".

A ese primer influjo se suma la carta de 3 de noviembre siguiente, cuyo origen es la valoración que de su pensamiento político en *Horizonte del liberalismo* había propuesto de Andrés Cobos en su recensión, aventajando las posiciones del maestro y filtrando entrelíneas el desacuerdo que reflejaba la anterior carta, de nueve meses atrás. La actitud de Zambrano será negarlo todo, y hasta negarse a sí misma: se niega a ser colocada frente a Ortega, negando evidencias que son incontestables, y hasta se niega a sí misma, en un desmesurado ejercicio de humildad intelectual, que casi llega a la humillación, parecería que sacrificando su propia autenticidad en el ara de la fidelidad discipular.

¿Cómo valorar esta conducta? Decir que Zambrano sintió miedo a perder el estatus de "dilecta discípula" no es suficiente, y quizás tampoco sea la mejor respuesta. Sabemos que entre ambas cartas hubo

Horizonte del liberalismo, de María Zambrano, Eds. Morata S.A., Madrid, 1996, pp. 121 y ss.

¹⁰ José Ortega y Gasset, *O. C.*, XI, pp. 269-273.

una entrevista personal con Ortega. Su realidad se prueba del texto de esa misma carta. Su entraña ninguno de los dos la desveló nunca. Tal vez de cuanto hablaron, de lo que pudieron aclarar(se) y de aquello que en común convinieran respecto al porvenir de la situación política, el incidente causado por la recensión podría ahora resultar fatal. Pero, ¿fatal para qué? La solución a esta interrogante está a mi entender en la producción inmediata del efecto reactivo buscado por Zambrano en su maestro, que ha de manifestarse, ¡y de qué manera!, al publicarse, sólo dos semanas más tarde, el famoso artículo "El error de Berenguer" (*El Sol*, ed. 15 de noviembre de 1930)¹¹; esto es, la concluyente, aunque tardía, toma de posición de Ortega, en descenso a la historia, respecto a la Monarquía: "tenemos que decir a nuestros conciudadanos: ¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¡Reconstruidlo! *Delenda est Monachia*" (¡la Monarquía está muriendo!). Ortega, más que Unamuno, se convertía en el real y verdadero "agitador" de espíritus.

La docilidad de Zambrano, aun careciendo de autenticidad, ya se explica entonces de otro modo.

Pero nos queda la tercera de las cartas, que es de 28 de mayo de 1932. A esa fecha la República tiene ya casi un año de vida. El mundo nuevo alumbrado entre el 12 y 14 de abril, produjo tal resplandor que encegueció a muchos, o cuando menos les produjo la confundente sensación del efecto fosfeno. La mucha, la demasiada luz, la vibrante pulpa de luz, hizo aparecer las sombras, que son el tatuaje de lo luminoso.

Desde los bancos del Parlamento y a la cabeza de la Agrupación al Servicio de la República, y en las páginas del diario *Luz*, conocido es que Ortega asume una tarea directora de "rectificación" en los avatares republicanos. Le acompaña, en una proximidad de suplencia, Alfonso

¹¹ Vid. José Ortega y Gasset, *O. C.*, XI, pp. 274-279.

García Valdecasas. El 29 de enero de 1932 una circular de la Agrupación enuncia la necesidad perentoria de un "partido nacional" que vertebrase un "Nuevo Estado"¹². La delimitación de cuál deba ser su contorno es aún difusa, pero no tan disipada como para abocetarse con perfiles que merezcan una calificación distinta a lo proto-autoritario. En la fermentación del proyecto, y para la trayectoria del mismo, cumplió a Zambrano un destacadísimo papel.

A su domicilio en Madrid concurren Antonio Riaño, Juan Ramón Santeiro, Salvador Lisarrague y Juan Antonio Maravall, procedentes de la FUE y la LES e integrados en el círculo juvenil intelectual orteguiano, así como también García Valdecasas y García Valdecasas, diputado de la Agrupación, como ya se ha dicho, y otros dos jóvenes, Eliso García del Moral y Abrahán Vázquez, que representarían el ala más burguesa del grupo. Convocados por Zambrano en efecto todos ellos comparecen en las diversas reuniones donde se preparan borradores y se gesta la definitiva redacción del documento luego difundido como "Un Movimiento Político de Juventud. Frente Español". Del texto que finalmente se pasa a firma tras el visto bueno de Ortega, y parece que también de Antonio Garrigues¹³, la redacción pertenece a García Valdecasas. Allí se expone la voluntad de ir más allá del obrerismo y del fascismo, se incluyen paráfrasis y aún citas casi textuales de *Horizonte del liberalismo*, y todo comulgado al ideario orteguiano de "nacionalización" de España y acerca de un "partido español", ocasionando así una grave distorsión con las ideas de la propia Zambrano sobre libertad y revolución. La contradicción no tiene forma

¹² Vid. Antonio Elorza, *La razón y la sombra: lectura política de Ortega y Gasset*, Edit. Anagrama, Barcelona, 1984, pp. 207 y ss. Vid. también Margarita Márquez Padorno, *La Agrupación al Servicio de la República. La acción de los intelectuales en la génesis de un nuevo Estado*, Fundación Ortega y Gasset- Biblioteca Nueva, Madrid, 2003.

¹³ Antonio Elorza, *op. cit.*, pp. 211-223, y Aquilino Duque, *El suicidio de la modernidad*, Bruguera, Barcelona, 1984, pp. 173-174. También Entrevista de Juan Carlos Marsé a María Zambrano, "He estado siempre en el límite", diario ABC (Madrid), 23 de abril de 1989, pp. 70-71.

de superarse; fue "la máxima contradicción en que Zambrano incurrió nunca"¹⁴. Del alcance político de haber estampado su nombre en aquel documento, ella misma admitirá con desoladora rotundidad: "nosotros también pagamos nuestra cuota al fascismo"¹⁵.

La filósofa, que a comienzos del 1932 oscilaba entre si formalizar compromiso partidario por Acción Republicana o decidirse por el Partido Socialista, concretó por último su opción en el proyecto de "partido español". Y llevó su aventura al límite.

Ese límite en absoluto sin embargo era preciso. El "Frente Español" se engendraba en el equívoco de demasiadas negaciones: ni obrero, ni fascista, ni burgués. Un equívoco traído de la propia indefinición del concepto de lo "liberal", de nada sirve ocultarlo, latente en *Horizonte del liberalismo*. La imprecisión, el equívoco y la indefinición provocaban claroscuros que inducen a error. Un error que fue insalvable, ante el que el único modo posible de revisión era la confesión y la expiación, además de procurar reparar, o al menos minorar en lo evitable, sus consecuencias.

Este paliativo estuvo en asumir nuevamente su liderazgo de grupo, que mantenía y podía ejercitar, oponiéndose a incluir la firma de José Antonio Primo de Rivera¹⁶, patrocinada por García Valdecasas, cuidar para que "Frente Español" no fuera la denominación con que aquél eligiera bautizar su proyecto nacional-sindicalista (no pudo evitar la

¹⁴ Jesús Moreno Sanz, *op. cit.*, p. 130.

¹⁵ *Ibidem*, p. 118, donde refiere la cita de este fragmento, hecha por Maravall durante un Seminario sobre la filósofa, procedente de una carta recibida en mayo de 1982.

¹⁶ Del interés por Ortega traen cuenta varios textos joseantonianos (*Textos de doctrina política*, Delegación Nacional de la Sección Femenina del Movimiento, Madrid, 1971): "Los intelectuales y la Dictadura", p. 9; "Juventudes a la intemperie", pp. 687-692, y "Homenaje y reproche. La política y el intelectual", pp. 745-749. Vid. también Adolfo Muñoz Alonso, "José Antonio y Ortega", en *Un pensador parece un pueblo*, Eds. Almena, Madrid, 1974 (3ª ed.), pp. 33-52. Vid. también Ian Gibson, *En busca de José Antonio*, Planeta, Barcelona, 1980, p. 59 y ss.

semejanza de siglas), y proceder a la mayor brevedad a disolver ese Movimiento político de juventud, que jamás superó las dos docenas de adhesiones, y registró alguna clarificante no incorporación, como la de Ramiro Ledesma Ramos¹⁷.

Del acierto en la disolución dice suficiente algún apunte sobre el rumbo político inmediatamente emprendido por algunos entre quienes participaban más directamente en el círculo orteguiano o se situaban más próximos al maestro: García Valdecasas estará en el acto fundacional de la Falange Española celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid el 29 de octubre de 1933, y aunque más tarde se distancie su "derechización" queda intacta; Lissarrague se convierte en un falangista orteguiano, de probada militancia, que obtendrá la Cátedra de Filosofía por la Universidad de Oviedo¹⁸ integrándose en la familia del primer franquismo por vía "nacional-católica", y en cuando a Maravall, baste saber que habiendo un "segundo Maravall"¹⁹ hubo otro antes que fue primero; aquel de cuando al comienzo de la década los 40 hacía glosa al Pedro Laín de *Los valores morales del Nacionalsindicalismo*, también anterior al "segundo Laín"²⁰, o comentaba desde el diario *Arriba* la Ley de Bases de la Organización Sindical²¹. Pero no es mi deseo continuar más tiempo por aquí.

Vamos ya a la confesión; está en la carta que el 28 de mayo de 1932 Zambrano le dirige a Ortega. Y es una confesión tanto en el sentido agustiniano de la expresión como en el que su propia autora instituye

¹⁷ Antonio Elorza, *op. cit.*, p. 217-218.

¹⁸ Vid. Benjamín Rivaya García, "Un orteguiano en la corte de la escolástica: Salvador Lisarrague Novoa", en *Anuario de Filosofía del Derecho*, VIII, 1991, pp. 365-387. Vid. también Id., *Filosofía del Derecho y primer franquismo (1937-1945)*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1998, pp. 249-252.

¹⁹ Vid. María del Carmen Iglesias, "Semblanza", en VV.AA., *Homenaje a José Antonio Maravall, 1911-1986*, Monografías del Consell Valencià de Cultura, València, 1986.

²⁰ Vid. Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Ed. Barral, Barcelona, 1976.

²¹ Vid. Santos Juliá, *op. cit.*, pp. 519 n.32, y 521 n. 55 y 59.

en género personalísimo. Es una toma de conciencia, un repliegue, que descubre, que pone al descubierto, la fatiga, el cansancio, el paso en falso por el que ha caído prisionera la juventud de la época; destaco esta frase: "Prisioneros, sí, de nuestra indecisión, y de otra cosa, la más trágica; de nuestra pureza". La pureza es el desarraigo de las "minorías" para con el "pueblo". En otros fragmentos se puede leer acerca de su temor a perder la fe, simbolizada en el "darse" como virtud cardinal, y también de su resistencia en un credo y una pedagogía, la situación global de la persona, donde confía hallar una "salida luminosa al mundo". Esta no dio en aparecer sino hasta pasado casi un año: "y ahora de pronto, otra vez el mundo"²². Y de ahí en adelante, asimismo el doloroso -aquí la contrición- y cada vez mayor distanciamiento con el maestro.

Por último, en cuanto a la expiación y a sus formas se me ocurre que puede aclararla y revelarlas lo referido por Aquilino Duque sobre cuando en 1976, siendo asesor literario en la Colección de Bolsillo del Servicio de Publicaciones de la Universidad Hispalense, intentó recuperar la edición de *Horizonte del liberalismo*. Fue entonces María Zambrano quien le distrajo "con la mayor diplomacia posible" de su pretensión. "Este libro lo escribí el 29 y fue publicado enseguida en una colección que abrió un editor, Jarnés [en realidad por Javier Morata en la colección 'Nueva Generación'], para dar cabida a la juventud que entre cárcel y cárcel -en mi caso entre enfermedad y enfermedad- escribía y actuaba para la llegada de la República. Y a ese espíritu y a ese momento histórico hemos seguido siendo fieles todos y yo desde luego. No puedo aceptar, pues, tu invitación...". La declinaba porque "estoy en

²² María Zambrano, "De nuevo el mundo", *Hoja del Lunes*, 1 de enero 1933. Para el perfil de pedagogía política vid. María Zambrano, "Sobre una educación para la libertad", en *Revista de Pedagogía*, 1934, 13, 156, pp. 556-560, y los comentarios de Ángel C. Moreu, "María Zambrano y la educación para la libertad. A propósito de un artículo de 1934", en VV.AA., *Actas del III Congreso Internacional sobre la Vida y obra de María Zambrano: María Zambrano y la "Edad de Plata" de la cultura española*, Fundación María Zambrano, Vélez-Málaga, 2004, pp. 285-291.

hacerlo reeditar, más no solo, sino junto con todos o casi todos mis escritos políticos (...) y junto con algo nuevo sobre el exilio, en volumen que tardaré en preparar, pues que además de andar mi pensamiento también por otros parajes quiero situar cada uno de ellos en su tiempo, y a todos juntos”²³.

Albergo dudas en torno a la realidad de la referido compendio de escritos, y así pues igualmente sobre su verdadero interés por una reedición del en concreto mencionado. Lo cierto es que *Horizonte del liberalismo* no fue reeditado antes de su muerte. ¿Prefirió entregarlo al olvido? No estoy en posición de responder a esta pregunta. Por contra dispongo de algunos versos que en los poemas de Borges hablan del olvido. Pertenecen a *Historia de la noche* y *Elogio de la sombra*. Dicen: “Sabía que el presente no es otra cosa /que una partícula fugaz del pasado /y que estamos hechos de olvido: /sabiduría inútil” (“G. H. Bürger”)²⁴.

Y también que “el olvido /es una de las formas de la memoria, su vago sótano, /la otra cara secreta de la moneda” (“Un lector”)²⁵.

Addenda.

Del epistolario entre María Zambrano y José Ortega y Gasset (1930-1932)²⁶.

I. Carta de María Zambrano a José Ortega y Gasset, de 11 de febrero de 1930.

²³ Vid. Aquilino Duque, “María Zambrano y los fundamentos de Europa”, 19 de marzo de 2004, *La Revista de Libertad Digital*.

²⁴ Jorge Luis Borges, “G. H. Bürger”, *Historia de la noche*, en *Obra Poética 1923/1985*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1989, p. 548

²⁵ Jorge Luis Borges, “Un lector”, *Elogio de la sombra*, en *Obra Poética 1923/1985*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1989, p. 359.

"He leído su artículo "Organización de la decencia nacional" y el mismo día la noticia de su almuerzo con Cambó en casa de la señora Duquesa de Dúrcal. Desde fuera, al menos, estos dos hechos se completan y hacen pensar en una próxima actuación suya –siquiera sea de pensamiento que para mí, y puedo afirmar que también para algunos jóvenes más, constituiría el hecho político más importante que hemos presenciado en España. En su figura lleva Vd. muchas cosas; quizá no todas sean de Vd. propiamente, como sucede a todos personaje público: pero para nosotros, para el círculo de juventud española que ha vivido la cultura V. significa lo mejor de ella, es un hombre ejemplar –como es Unamuno el español ejemplar- y tras su decisiones algo muy nuestro nos va.

"Organización de la decencia nacional", que no sean situaciones como la pasada. Desde luego, ello es no sólo exigencia de la dignidad, sino del instinto de la vida, hay que construir la nación, esto es todo y un partido que eso se proponga como Vd. dice, debería ser más que partido, algo total, suma de todas las conciencias nacionales. O sea, que más que partido es la base de todos los partidos, el punto de arranque de toda actuación pública. Por el propósito y por la condición, puesto que sin eso que Vd. llama decoro, y que no es sino la vieja libertad, no puede haber política.

Naturalmente que no se le ocultará a Vd. cuál es la primera exigencia ineludible en la dignificación y nacionalización española: el advenimiento del régimen republicano; y nadie hay tan ingenuo y poco exigente que lo espere todo de él, pero la monarquía consumió y sacrificó a su sostenimiento todo lo que podía haber sido savia, vida de la nación, y es, además, la primera de las instituciones desnacionalizadas aquí y en todas partes, pues la realeza se añade a la

²⁶ Vid. Fondos de la Fundación Ortega y Gasset.

nación, no emerge de ella, y donde ésta es soberana queda cesante, sin función ni misión. Un rey constitucional es un contrasentido; sólo como lujo se le tolerar, siempre que no estorbe, pero ya sabeos que no es éste el caso de nuestra España.

Claro está que no pretendo descubrir estas verdades: y por ello justamente me asombra dolorosamente que cualquier partido o fuerza, presta a intervenir en la estructuración de nuestra triste España, no tenga esa primera meta ineludible.

Y no valen programas, ni decir que sin tocar a eso pueden cambiarse muchas cosas. Cualquier política que ahora no intente, al menos, derrumbar a la Monarquía tendrá en la historia la significación de haber sido su puntal, su arbotante, en el momento justo en que iba a derrumbarse.

La vida política no es sólo conjunto de problemas, sino lucha de fuerzas, y como vida, dinamismo, ante todo; y este momento es el del derrumbamiento total y absoluto del régimen monárquico. El obrar en dirección contraria será detener la historia; el no obrar pasar tangente a ella; ayudar, como sea, a derrumbarla será solo estar dentro de la historia.

Por esos los viejos partidos políticos fracasaron y los de hoy han de ser de esencia radicalmente diversa. Aquellos se formaban a base de un programa teórico muy respetable, que luego se desvanecía en una descolorida impotencia ante la realidad o pactaba con ella, destruyéndose a sí mismo. Los de hoy han de ser creados por el momento, por exigencia de la conciencia histórica y han de ser su instrumento. No se puede crear historia sintiéndose por encima de ella, desde el mirador de la razón; solo quien está por debajo de la historia puede ser un día su agente creador. Y en ello creo yo nos diferenciamos

los de esta generación de la de Vd. Si es que vamos a ser algo, que a veces lo dudo, en que nuestra alegría está en sentirnos instrumento y sólo aspiramos a tener una misión dentro de algo que nos envuelve: el momento histórico.

De Vd. Que es de las pocas conciencias históricas de esta "invertida España", me duele en lo más profundo su tangencia en este momento. Y no deja de ser sintomático, que el artículo en cuestión no esté a su habitual altura: hasta el punto de que nunca se le hubiera adjudicado, de no ir con firma.

Debe y puede Vd. Hacer más, Sr. Ortega y Gasset: su misión con España está más allá. Y no es que yo, ni nadie individualmente, ni aun la juventud como tal, podamos exigirle más. A nosotros, todos los que le hemos leído y escuchado –sólo un profundo agradecimiento nos queda, por todo lo que de Vd. hemos recibido y por todo lo que por Vd. ha germinado. Pero si hay una conciencia histórica nacional, para sí puede exigirle mayores cosas, y no porque haya entregado pocas, sino porque puede entregar más, y mientras se puede se debe.

He dicho anteriormente que su función está más alta, y he dicho mal, porque podría haber ido más alto y no lo hizo, por no quedarse solo, flotando como un globo desasido sobre la vida española. Es más bien intensidad que extensión lo que tendría que tener. Me hace el efecto –y no soy sola- de que una política aristocrática conservadora se prepara.

Me parecía bien; y Vd., como supremo valor de cultura, tendría que estar con la aristocracia, y, como intelectual tendría que ser en el momento presente, conservador (conservador ahora es liberal, claro). El siglo XIX engañó a las gentes sobre la significación política del intelectual: le creyeron *per se* de vanguardia, porque entonces –desde

la Revolución francesa- coincidía el individualismo del momento con el individualismo del intelectual. Pero el intelectual es conservador de siempre, y si no lo fuera, lo tendría que ser ahora, que una cultura y una aristocracia parecen estar en peligro y con ellas la libertad individual: será revolucionario, cuando la vea denostada; pero dentro de la actual cultura liberal y ante la "rebelión de las masas", será siempre conservador.

Pero no niegue Vd. ese hecho al afirmar que no existen derechas ni izquierdas: querrá Vd. decir que no deben existir ante el magno problema del decoro nacional, o sea de la libertad política, pero ésta no basta. La cuestión verdaderamente dramática está en quedarse en ella, o seguir más allá, en abrir la puerta al tumulto, al caos, quizá, que está llamando. Todo es cuestión de fe, de confianza en la vida y en la historia. Es fe creer en lo que no vemos, en lo que está por llegar y se pone a prueba cuando hay que dar e triple salto mortal para contarlo. Cumplirá Vd. su misión con toda dignidad, en su puesto conservador aristocrático guardador de la cultura de hoy. Lo otro sería superarse genialmente en posición y en edades, y lo genial no puede exigirse nunca. Realizar tal misión fue sin duda su postura política, pero hoy no se puede ser conservador en esta triste España, sin antes ser revolucionario, sin derrumbar lo que está podrido y envenena el ambiente con su cadáver.

Pero Vd. que identificó su vida con la cultura tiene para mí –para tantos- una esencial significación y para siempre en la Historia española un puesto, y en estos momentos en que nuestra triste Facultad de Filosofía le recobra, no querríamos que se nos perdiera en una mala, antihistórica causa.

Madrid, 11 de febrero 1930.

María Zambrano"

II. Carta de María Zambrano a José Ortega y Gasset, de 4 de noviembre de 1930.

"Sr. Don José Ortega y Gasset

Mi estimado y querido maestro: Como verá le remito una nota publicada en "El Socialista" de ayer domingo –llegada a mi vista, por casualidad- sobre mi librito. Aunque supongo que no le interesará excesivamente, he sentido el impulso de enviársela, porque en ella se toma a mi pobre libro y hasta a mi pobre persona como protesta o trampolín, al menos así parece, para criticar agriamente la actuación política de Vd. En ella se dice que me he "colocado frente a Vd." y se hace pasar una molécula de actos e imaginados comentarios míos, que me ha hecho mucho daño. Concretemos. El tal artículo se ha publicado sin que yo lo conociera ni supiera nada de él; con su autor he hablado tres o cuatro veces ligeramente en el curso de varios años y nunca de Vd. no de sus actuaciones. Algunos de los hechos que ahí se menciona me eran desconocidos, como ese de que a Vd. le viniese holgada la censura: el de su juicio acerca de la libertad de cátedra tampoco me era conocido exacta y ciertamente. La referencia que hace a una carta mía dirigida a Vd. –que podía hacer pensar una que le dirigí efectivamente- no sé en realidad a qué será debida, pues yo no hablé de la mía sino a contados amigos que no creo lo hayan referido- a quienes la dejé después de mi conversación con Vd.-. Tal vez sea una nota más de esa fantástica película, en la que tan combativo papel se me adjudica. Por lo demás, la cosa está tan clara, que muestra con gran transparencia el estado anímico del autor. Dice que me he colocado frente a Vd., porque he publicado un folleto donde intento dibujar el panorama político actual, es decir, donde no hago política –en un sentido directo- sino

mirar hacia ella, (cosa que, por lo demás, me sea lo único posible). Y da la coincidencia de ser ésta cosa que Vd. ha ejercitado entre sus múltiples tareas, a todo lo largo de su vida y de su obra. En algún momento le habrán podido criticar algunos, nos habremos podido doler otros, de que su actuación no fuera más intensa en la desquiciada vida política española. Más, lo que nadie podrá decir es que Vd. no haya mantenido tensa su atención hacia ella, que no la haya contemplado y meditado con ansiosos ojos, que no nos haya transmitido el fruto de su meditación... Y bien, ésta que Vd. ha realizado con total plenitud, es lo que a distancia infinita, he intentado yo hacer en mi libro. ¿Dónde está la contradicción? ¿Dónde el enfrentamiento mío?

(Además, es muy curioso que muchas de las personas que me han leído hayan creído encontrar un gran influjo de su pensamiento en mis líneas. Fenómeno que, de ser cierto, me honraría grandemente y tendría fácil explicación).

Por otra parte, Vd. tiene pruebas de que cuando –con motivo, o sin él- no he comprendido bien algún punto de su actuación, con total lealtad y con toda responsabilidad me he dirigido a Vd. mismo. Mi sentimiento de discípula suya no me permitía otra cosa, no me permitía dirigirme a alguien que no fuera Vd. mismo.

Me duele la publicación de ese artículo; me duele ese papel guerrillero que se me adjudica “frente” a Vd.; me duele que se pueda mojar la pluma en el resentimiento: que hay tanto error, tanta ligereza. Todo esto es cosa triste, ¡que lo que uno hace con amor y limpio deseo se convierta a la postre en algo tan triste y negativo! Pero aún me dolería más que en ésta no me viera Vd. en toda mi transparencia. Un saludo cargado de respeto y afecto.

María Zambrano”

III. Carta de María Zambrano a José Ortega y Gasset, de 28 de mayo de 1932.

"Sr. Don José Ortega

De nuevo me dirijo a Vd., maestro de siempre, llevando a su natural término, este impulso de clarificarme, quizá de justificarme, que siempre que se da en mí con cierta fuerza, tiende hacia su persona. No podemos hacernos claro sino en algo y ante algo, que a veces no se nos presenta concreta y vida en ninguna persona, y en otras, en que somos más afortunados, se nos da, se nos ofrece realizada en una persona. Siempre pené que sería muy desdichada una persona –más aún una nación- que no tiene ningún ser personal –conciencia de salvación- a quien acudir en estos momentos en que un imperativo de orden, un ansia de salvación nos lleva a aclarar el obscuro mundo en que habitualmente vivimos.

No es hacia un tipo indeterminado de persona –supuesto naturalmente un nivel de devoción- hacia quien puede dirigirse – independientemente de su manifestación- estos impulsos. Sería, pienso yo, de interés delimitar en qué consiste lo que dota a una persona de esta maravillosa fuerza, que nos lleva ante su presencia –no siempre real- a buscar el sentido de nuestro vivir, a confrontar ante no sé qué invisible tribunal, nuestro vivir efectivo con esos que yacen en el último fondo de la conciencia.

Volvemos a pasar días de angustia; distinta angustia porque es distinta su causa y obra de distinta manera sobre nuestro ánimo. En otros momentos tal vez, la angustia nos llevaba a la acción; ahora, nos sume en nuestra interioridad más desesperadamente hermética que

nunca. Creo es muy dable observar su sentimiento de repliegue en la juventud, en cierta juventud que, me parece, da el tono peculiar de una generación. Es aquella juventud desinteresada, pura que se movió, hasta ahora, por impulsos de meta, quizá, equivocada, pero nacidos ante la percepción de altos valores. Me refiero a los que fueron hasta a lo negativo, a la destrucción, por ser más, por ser algo positivo y valioso.

¿A qué se debe esto?

Creo haber observado el fenómeno con la generalidad suficiente para señalar su existencia. Si sólo ocurriera entre los muchachos más próximos a mí, lo atribuiría a circunstancia particulares. Pero estas circunstancias particulares, a su vez, se apoyan y fundan en otras más generales.

Se trata de un repliegue de la juventud que había quedado fuera de las sedes de los partidos, y que se nota con más claridad en los que pretendimos hacer algo. Están fatigados, cansados... una onda de depresión se extiende sobre distintos temperamentos, sobre distintas situaciones particulares. Nunca he visto tanto muchacho desgraciado. Fuimos animosamente a destruir, pensando que habíamos de construir luego, que habíamos de hacer de nuestra España una España nuestra. No hemos construido; las cosas quedaron lejos; las voces de los que construyen suenan tan lejos y tan extrañas que nos parece estar viviendo en un país abandonado.

Más esto no basta. Entonces hacíamos, con la esperanza de hacer lo definitivo más tarde ¿Por qué no nos sucede lo mismo ahora? ¿Por qué no nos preparamos para hacer cuando sea nuestra hora, que por otra parte es muy natural, no haya todavía sonado? ¿Por qué?

Hemos perdido la fe y hay algo más: la solidaridad. Hay como casi siempre que existe un repliegue, una desbandada.

Me decía un muchacho –Lissarrague- "que no teníamos capacidad de hacer", "que no teníamos voluntad". Pero yo, que nunca he creído en la voluntad, ni en la capacidad de hacer, no puedo aceptar por explicación, lo que juzgo una consecuencia. Existen naturalmente, dotes para hacer bien pero el ir a la acción depende de una situación total de la persona. Si nosotros no tuviéramos dotes, pero estuviéramos en forma para hacer, haríamos, bien o mal, pero haríamos.

El mismo Lissarrague me decía que al hallarse sólo, piensa en proyectos que la sola presencia de los hipotéticos colaboradores, deshace. Es decir, en vez de pensar, delira.

Delirio también me ha parecido una carta de es maravillosa criatura que es Gia. Casanova. Al decir "delirio" no quiero decir desatino; me refiero al modo de ser vistas ciertas cosas que son verdad, quizá de un género de verdad que sólo en el delirio puede ser captada.

Pero también hay quien tiene pesadillas. Algo que le pesa, que le duele, con respecto a lo cual es pasivo –el delirio se crea- y que soporta con la máxima angustia. Siempre me pareció, que en la pesadilla toda la realidad era de lo que pesaba, mejor, toda la actividad, y ninguna del apesadillado. De ahí la horrenda angustia de la pesadilla; nunca se es menos activo, se está, mas bajo otra cosa.

Y así, muchos deliran con España, y otros tienen pesadillas de ella. Y todos nos apesadillamos con nosotros mismos; somos nuestros propios prisioneros.

Prisioneros, sí, de nuestra indecisión, y de otra cosa la más trágica: de nuestra pureza. ¡No queremos dejar de ser puros!

Durante este tiempo se ha forjado el tópico de que Vd. “se halla en las nubes”, cosa que de todas las ineptias que acerca de su persona se dicen, es la que más dolor me da.

Creo haber ido dándome cuanta –y no yo sola- de lo que significaba de sacrificio su participación en la política de antes, yo le veía como un globo voluntariamente cautivo. Cautivo en y por España- Cada día ha ido Vd. ligándose más y más generosamente a la realidad (donde le reprochan no estar) ¡Qué doloroso es siempre ver esto!

Según el pensamiento griego –Platón, Aristóteles- las cosas tendían hacia su *εἶδος* -causa final, motor inmóvil- por una ascensión erótica, y así lo superior ordenaba el mundo “como el objeto de la voluntad y del deseo atraen a éstos sin ser movido por ellos”. En el mundo cristiano es el motor inmóvil el que se mueve, el que salva, por virtud de su amor, la distancia abismal que le separa de la realidad. Y no sólo da la verdad en la revelación, sino que da hasta su presencia, su vida.

Uno de los momentos de mayor emoción en mi vida, fue al verle en pie en aquella escalerita del Congreso, hablando sobre el Estatuto de Cataluña [13 de mayo de 1932]. Siempre le había visto en su sitio, aún *in partibus infidelium*, en su cátedra, “su lugar natural”. Más, en el Congreso, ante “ellos”, ante España entera que tenía que escuchar al diputado, porque no supo escuchar al maestro y al hombre. Aquel: “tiene la palabra...” del Presidente de las Cortes [Don Julián Besteiro Fernández], me levantó en mí una emoción típicamente religiosa –no sé cómo llamarla, si no-. Y si estas emociones no llegan al público ¿qué ven, entonces? “No está en la realidad”.- ¿Qué realidad es entonces, la de Vds., la de España?

¿Es que será acaso necesario, cuando en un tal momento histórico se vive, llegar hasta lo impuro? "Toda ella va envuelta en una atmósfera" decía Dante, de Beatriz. Atmósfera luminosa, como el halo que rodea a los santos, que hace resplandecer toda figura ejemplar, que nos la señala y que marca su mundo; a su atmósfera, dentro de la cual se mueve y fuera de la cual, no puede salir sin asfixiarse.

Yo le veía hablando sobre Cataluña, ejerciendo esa pedagogía biológica o vital que ha ejercido Vd. siempre sobre España. (Mucho he pensado lo interesante que sería una sociología de su actuación). Y se me ensanchaba el alma pensando en que alguien se curaría oyéndole. Pues yo, nunca le he escuchado que no me haya curado de algo. Actúa Vd. sobre la raíz misma de los males, sobre la vida al producirse; vive de manera distinta el que, al menos, se acerca con ánimo de entenderle.

Pero hay algo que me obsesiona desde hace algún tiempo. Actúa Vd. vitalizando, purificando, sí, pero ¿sobre quién? Yo creo que sobre los más puros, sobre los que tenemos pureza de mirada y de intención. ¿Y los otros? Los más puros, somos, a la par, los más impotentes –de momento- y así, su acción a la vez que en profundidad, gana en lejanía y en distancia. Se extiende y se aleja; no hay punto comparable a simple vista.

Y somos nosotros, imagen –aunque desfigurada- de su pureza, y de su impotencia –en Vd., aparente; en nosotros, efectiva-. Y así hemos venido a ser una secta. Secta, sí, pues somos segregados de los demás por nuestra sensibilidad y por el odio y el desprecio de ellos. Secta sin dogmas, aunque sí con un culto común. Pero no basta. (Nuestra tragedia es la falta de dogmas).

No quisiera perder la fe. Desde mi habitación quiero poner lo que pueda para impedir, si no el repliegue, la desbandada.

Podía ser feliz sin embargo. Llevo casi un mes en casa, enferma. Leo Filosofía, única cosa que nunca me extraña, con una inmensa alegría, porque ella me da una salida luminosa al mundo, porque la amo como a aquella que durante mucho tiempo nos ha esperado perdonándonos todas, las más aparentes que efectivas, traiciones.

Pero no quiero salvarme sola. Sólo deseo energía, algo de salud para hacer un esfuerzo. ¡Son ellos tan maravillosos!

Y por los que vienen detrás, de quien tanto espero. Y por ese ejemplo de su generosidad, espejo del darse, que es para mí, la virtud cardinal.

Perdóneme. Me avergüenza abusar de su espléndida atención. Pero tiene Vd. tantas cosas que personarnos a todos, que una más, no le costará excesivo trabajo.

Desearía verle, cuando le sea menos molestia.

Con el fervor de siempre un saludo

28 de mayo de 1932

María Zambrano"